COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Librería de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno, y un gran número de sainetes, entremeses, y unipersonales y piezas en un acto.

Comedias que se hallan de venta en la librería de Cuesta calle Mayor

Abre el ojo ó Aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ò la comedia nueva.
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama.
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abájo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungría.
Hijos de Edipo ò Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Monstruo de celos.
Mágico de Salermo
Mas ilustre fregona (cinco partes)
Mejor alcalde el rey
Misantropía y arrepentimiento.
Monstruo de la fortuná.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza.
No hay peor sordo que el que no quiere oir.
No puede ser guardar una muger
Otelo ó moro de Venecia (tragedia
Pintor fingido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave-María.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

JOSE SEGUNDO

EN SALTZBOURG,

ó

LA HUÉRFANA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.



VALENCIA: IMPRENTA DE GIMENO. 1823.

Véndese en su librería, frente al Miguelete, como tambien un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias y sainetes.

PERSONAS.

José segundo, Emperador de Alemania.
Bluch, alferez retirado, padre de
Jacobo, y
Eduardo, amante de
María Teresa, huérfana.
Jorge, criado antiguo de Bluch.
Brosler, Gobernador de Saltzbourg.
Hoorn, secretario de idem, no habla.
El Conde de Hasen, confidente del Emperador.
Un criado de Brosler.
Séquito de Jose segundo.
Guardia imperial.
Un oficial de la guardia.

La escena es en Saltzbourg.

ACTO PRIMERO.

EL TEATRO REPRESENTA UN ZAGUAN CON ALGUNOS BANQUILLOS DE MADERA, Y UNA MESA EN QUE HABRÁ UN PLATO CON ALGUNOS VASOS Y UNA BOTELLA.

ESCENA PRIMERA.

JACOBO haciendo cestos de mimbres, EDUARDO torciendo cuerdas de cáñamo, BLUCH Y JORGE que vienen de la huerta con un azadon cada uno.

Bluch. Ven, Jorge, ven, que el calor aprieta mucho, y tú no estás para recibir á ese enemigo.

Jorg. El diantre de la aprension!

Bluch. Pues hombre si estás hecho un carcamal: cónocelo siquiera, y no presumas de mozo todavía.

Jorg. Miren quien habló.... y me lleva tres meses y trece dias.

Bluch. No son mas que once.

Jorg. Once, bien, que mas dá? siempre os habeis de parar en niñerias?

Bluch. Y tu sabes que al hombre no le hacen viejo los años?

Jorg. Otra sandez! yo bien digo que vos.... pero calla, Jorge, que sino habrá gruñimiento para quince dias á lo menos. Ahora, vean ustedes á quien le ocurriria decir que

los años no le hacen viejo al hombre? Si no me rio de la aprension....

Bluch. Vaya, que eres mentecato si los hay.

Jorg. No, pues esa ocurrencia no es de sabio. Si yo hubiese dicho una boberia igual... Jesus! poquita risa y poca burla se haria del pobre Jorge.

Bluch. Jumento naciste, jumento te criaste y jumento morirás ya sin remedio.

Jorg. Echa, echa: el que espere de vos mas honra....

Bluch. Pues es la verdad.

Jorg. Lo que es verdad es, que no hay paciencia ya para aguantar vuestro genio: en no diciéndoos en todo amén, es uno un rocin, un camello, y cuanto os viene á la boca.

Bluch. Maldita la cosa has adelantado, con tantos añazos como tienes.

Jorg. Dale con los añazos.

Bluch. Pues hombre, si hasta los niños saben que lo que envejece son los achaques, no los años: vele ahi porque yo con tanta edad como tú....

Jorg. Algo mas se os olvida....

Bluch. Soy mucho mas mozo. Ya se ve, no tengo lacras, y tú tienes mas que pelos blancos.

Jorg. Y dónde están esas lacras? en vuestra mollera.

Bluch. No confesarás aunque te pongan en un potro. Una docena de lechugas has cogido de la huerta en poco menos de dos horas, y ya no podias echar el habla. Si te

dà un poco el sol, al instante salimos con la fluxion á los ojos, á las encías (porque muelas ya no te han quedado): si te agitas algo; asoma la cabeza el asma, se irritan las almorranas; si yela un poco, á Dios, ya no hay díablos que te arranquen de la chimenea, y no tenemos hombre para nada. Qué hablas?

Jorg. Otra: si yo no he dicho nada.

Bluch. Di que es mentira: antes de ayer para ir á la plaza á vender los cables que Eduardo acabó, tardaste mas de dos horas.

Jorg. Miren que salida esta! porque no quise apresurarme.

Bluch. Porque no te pueden llevar las piernas, no pueden, claro, no pueden. Hay tenacidad mas grande de hombre!

Jorg. Hay machaqueria mayor que la vuestra? eso, eso habiais de decir.

Bluch. Pension de viejos achacosos el ser insolentes. Ya se ve, los tienen siempre tan de mal humor sus lacras que.... vaya, están insufribles, y es preciso perdonar por eso tu insolencia.

Jorg. Digo la verdad. Pues si no sabeis hablar de otra cosa: á cada paso, dale con mis años, con mi pesadez, con mis lacras, no habeis de hacer perder la paciencia á un santo?

Bluch. Mal me quieren mis compadres, porque digo las verdades.

Jorg. Ya me espantaba yo de que no saliera

el refrancillo á colacion. Pues señor, no soy mas que esto, claro: sì no os acomoda...

Bluch. Eh, la de siempre.

Jorg. El diantre de la aprension! sacarme de la huerta, donde uno estaba en sana paz trabajando, para removerle aqui las tripas con tontunas.

Bluch. Vaya, hombre, no te enfades: siéntate aqui, y descansaremos.

Jorg. Yo no estoy cansado.

Bluch. Lo ves, y estás jadeando? Vamos, siéntate, y echaremos cuatro tragos.

Jorg. Vamos con la zanguanga del trago, despues de achicharrarle á uno la sangre con sandeces.

Bluch. Ese es tu agradecimiento: pues hombre, si yo no te cuidara asi, no te hubieran ya enterrado tus lacras?

Jorg. Vuelta otra vez: vaya, mejor será irme á la huerta.

Bluch. No volveré á nombrártelas. Vamos, siéntate.

ESCENA II.

DICHOS, MARIA TERESA con un cantarillo llena de agua, JOSÉ SEGUNDO y el CONDE en trage de camino.

Mar. Señor Bluch, no me regañe usted no?

Bluch. Por qué muchacha?

Mar. Porque traigo á casa á estos dos señores. No puedo menos, vamos. Les ví tan can-

sados, tan sudados.... me pidieron una poca de agua; y como usted me dice que hace daño cuando uno está sudando, les dije que se vinieran aquí á descansar que usted les daria aguardiente ó vino, ó otra cosa que no les perjudicase: con que ellos, ya se ve, se vinieron.

Bluch. Hiciste muy bien; y en premio del gusto que me diste en eso, ven, y toma este tierno abrazo. Y ustedes pueden mandar con la franqueza que debe usar el hombre que necesita, con el que le ofrece de todas veras cuanto tiene: acerca ese banco, María Teresa; siéntense ustedes á descansar, y entonen por el pronto su laxitud con un trago de aguardiente, que es lo que tomamos Jorge y yo en tales ocasiones.

José. Con igual franqueza que doy tomo: venga el aguardiente.

Jorg. Si es verdad, no llegará á ser muy rico.

Bluch echa aguardiente en los vasos, José Segundo alarga uno al Conde, toma otro para sí, y al ir á beber les detiene Bluch diciendo:

Bluch. No tan á prisa, señores, que en mi casa nadie bebe, sin que preceda un requisito. Eduardo, Jacobo, descansad un poco, y venid á acompañar á nuestros huéspedes.

Eduar. Con mucho gusto. (*vienen á la mesa*)

Mar. Qué tendrá Eduardo que me mira con enojo? (*ap.*)

Jac. Aqui estoy ya para serviros y servirles.

Bluch. Tomad, y enseñémosles los quatro á un tiempo por quien se brinda siempre en esta casa.

Los 4. Por la salud y prosperidad de nuestro Augusto Emperador José Segundo. (*beben.*)

José. Conde, qué gente es esta? (*al oido.*)

Cond. Gente que brinda por vuestra salud, no lo oisteis?

Bluch. Si habeis de beber, ha de ser así, porque en mi casa no se da á otro precio ni vino, ni aguardiente.

José. No puedo ya disimular mi ternura. Vaya pues, por la salud de el Augusto Emperador José Segundo y por la vuestra (*beb.*)

Cond. Que el cielo nos le conserve lleno de las virtudes que le hacen hoy el ídolo de sus vasallos. (*bebe.*)

Eduar. Así sea: con vuestro permiso: vamos Jacobo, á ver si acabas tú antes la cesta, que yo el cable.

Bluch. Ahora si que sereis nuestros amigos. Y bien, María Teresa, mientras descansan un poco nuestros huéspedes, ve á disponerles algo que almuercen.

Mar. Con mucho gusto.

José. No, no, esperad, carita de ángel, que los viajantes no vivimos tan descuidados, y está hecha ya esa diligencia. Cambiemos ese obsequio por el de vuestra conversacion y compañía.

Mar. Muy bien, cambiemos: vos sabeis hacer encajes?

José. No por cierto.

Mar. Ni coser, ni guisar, ni tejer lienzo?

José. No por cierto.

Mar. Vaya, vaya, pues se acabó temprano nuestra conversacion, porque yo no sé hablar de otras cosas, y asi con vuestra licencia....

José. Eso no, amiga; pues ya que no os veamos abrir esa boquita de gloria, nos complaceremos en ver esos ojillos hechiceros.

Cond. Señor.... (*al oido como admirado.*)

José. Calla, y procura, como yo, dar algun disfraz á tu genio adusto é intratable.

Mar. Pues; y por daros yo ese gusto estará la comida sobre su palabra, y al medio dia comeremos un gran plato de ojillos hechiceros, ó un gran pedazo de esta boquita de gloria.

Jorg. Tiene razon la muchacha.

Bluch. No, no por cierto, que á mi solo me engordan y satisfacen el hambre los buenos trozos de baca.

Eduar. Con cuánta razon adoro su candor y su modestia!

José. El pretesto es poderoso, no hay duda, y asi habremos de tener paciencia (1). Ah! si: preciosa.... os tomareis la molestia de traer una luz. (*volviendo María.*)

Bluch. Luz á estas horas?

1 *María Teresa hace una reverencia para partir.*

José. Pues no veis que faltando aquellos ojos, venimos á quedar á obscuras?

Jorg. El diantre de la aprension!

Mar. No os aflijais por eso, señor, que yo abriré las ventanas para que os entre la luz.

Eduar. Mucho me incomoda ya el forastero.

Bluch. Ustedes vendrán de la corte eh?

José. Seguramente.

Bluch. No podia menos, segun el lenguage: ya se ve: esas filigranas solo se venden por allá, porque acá nadie las compra. Vaya otro brindis, porque el paladar no se seque.

Echando aguardiente, y repartiendo los vasos como antes.

José. Si, si, camarada, confortemos el espíritu; por que sino maldito si yo salgo de Saltzbourg en ocho dias. (*al Conde.*)

Cond. Confortémosle enhorabuena.

Bluch. La mesa de un alferez retirado, y una cama aseada por lo menos no os faltará, mientras querais ser nuestros huéspedes.

José. Por la vuestra, señor alferez.

Bluch. Ya no conteis con mesa ni con cama.

José. Porque brindo por vuestra salud?

Bluch. La del emperador es la que interesa á todos, que la mia solo interesa á mis hijos, y esos ya los tengo bien criados.

José. Ah buen viejo! (*apar.*) Por eso no hay que enfadarse, mi alferez Volved á llenar el vaso, y haré la salva á José segundo en debida forma. (*le vuelve á llenar el vaso.*)

Jorg. Si no os gusta el aguardiente.... vaya, que el diantre del hombre.. .

José. Vaya, por la del Emperador, camarada.

Cond. Brindo por la de José segundo.

José. Y vos no haceis la razon? bebed por vida de tantos, que ya esa máquina necesita de este vigoroso elixir á todas horas.

Bluch. Hombre, eso es llamarte viejo en buen romance.

Jorg. Volvemos á la funcion?

José. Cómo pues....

Bluch. No quiere que le llamen viejo. Vamos, él se entiende: todo lo que ustedes quieran, menos decirle que es viejo ó que tiene lacras.

Jorg. Si no hay remedio: al cabo habiais de salir con una pata de ganso.

José. Que sabemos, amigo? él aun está en estado de merecer, y acaso pensarà.... Sí, sí, sus ojillos dicen que es capaz de cualquiera travesura.

Jorg. Ese faltaba para coronar la fiesta.

José. La verdad, tratais....

Jorg. De irme con vuestra licencia ó sin ella, à trabajar á la huerta.

Bluch. Qué hayas de ser tan quisquilloso y majadero, Jorge! con que porque te dicen..

Jorg. Yo no quiero que me digan: hay tal cosa! no quiero: claro.

José. No volveré á llamaros viejo, vamos. Ya se ve, cada uno siente lo que siente, y nadie tiene derecho, la verdad, para echar á otro en cara sus defectos: no es esto?

Jorg. Eso será. (*con enojo.*)
Bluch. Vamos, siéntate: y decidme, queda nuestro Emperador con salud?
José. Sí amigo, completísima.
Bluch. Dios se la conserve. Acá se decia que venia personalmente á pasar revista á su egército.
José. No hay duda, y acaso habrá ya llegado: vos le conoceis?
Bluch. No he tenido jamás la felicidad de verle; pero no la perderé, Dios mediante, como pase por diez leguas en contorno.
Jorg. No: ni yo.
Bluch Pero hombre, ya ves, si está algo lejos...
Jorg. Y qué tenemos?
Bluch. Nada hombre: que para ir à pie... en fin tu sabrás si te hallas con fuerzas.
Jorg. Me habeis vos de llevar à cuestas?
Bluch. No lo permita Dios.
Jorg. Cuidado que es buena la aprension.
José. Supongo que estos serán hijos vuestros?
Bluch. Si señor.
José. Y qué, les habeis destinado á hacer cables y cestas?
Bluch. Pues qué tan malos recursos son para cualquiera infortunio?
José. Pero siendo su padre un oficial....
Bluch. Señor mio, yo no soy de aquellos fátuos que prefieren la necesidad ó la estafa, à la honrada profesion de cualquiera oficio. Estoy persuadido á que ninguno de ellos denigra cuando se egercen con honradez, y

por eso traté de preservar á mis hijos de los reveses de la suerte, enseñándoles un oficio con que adquieran su subsistencia, sin que sea á costa de infamias y bajezas, como hacen muchos, que á título de caballeros se desdeñan de egercer un arte, y viven à costa de sus amigos ó mueren en un rincon comidos de miseria. Oh! bien pronto estinguiria yo esta raza de araganes si mandara quince dias.

Jorg. Y hariais bien: tengo una tirria à los tales zànganos.... y á bien que hay pocos en cada pueblo! Un par de remos ó un fusil de quince ó veinte libras, no le faltaria por mi voto, al que no me justificara que tenia renta para vivir, ó se aplicase á un oficio.

José. Buen par de viejos, Conde. (*al òido.*)

Bluch. Ahora bien: yo serví á los padres de nuestro emperador veinte y nueve años; me retiré de alferez....

José. Bien poco premio os dieron á fe mia.

Bluch. Pudieran haberme hecho general. Si ya me pagó mi pre mientras serví, y me dió una certificacion de buen soldado, que es la mejor egecutoria de mis hijos, que mas habia de darme?

Jose. Ya.. pero el retiro de un alferez, teniendo tanta familia....

Bluch. Pues qué? tambien habia de pagar mi emperador la ligereza de casarme yo sin tener con que mantener mis obligaciones? estaria bueno sin duda: en fin, me retiré de

alferez, y ya se ve, debia mantener á mi muger y á dos hijos, á Jorge que nunca se ha apartado de su amo, y por conclusion al individuo que siempre ha procurado conservarle; y cómo con el retiro de alferez? Si la hubiera jugado de caballero fueran mis hijos dos lindos holgazanes, y jamás pudieran auxiliar á su padre. Pero gracias á mi sistema, dí á cada uno una ocupacion honesta y lucrosa, diciéndoles: » Si necesitais » egercerla podeis sacar de ella un regular » partido; y si os soplase la fortuna, y no » lo necesitaseis, de ningun estorvo os puede » servir lo que aprendisteis." Ya se ve, los chicos se han dado tan buena maña, que con lo que ellos ganan y mi corto sueldo, no solo lo pasamos cómodamente, sino que pude acoger en mi casa y mi ternura á esa muchacha María Teresa.

José. Pues que no es hija vuestra?

Bluch. Qué, no señor, es huerfanita, y desgraciada; ya se ve, un mal hombre... luego, luego sabreis su historia, que no podrá menos de daros lástima. Es verdad que aqui todos procuramos ayudar la casa. La chica atiende á sus labores, y Jorge y yo cultivamos un huertecillo que nos provee de frutas y verduras; y asi todos vivimos ricos y contentos, ocupados y felices.

José. Amigo, todo va bien; pero eso de que dos jóvenes tan robustos é hijos de un oficial pundonoroso, manejen siempre el cá-

ñamo y los mimbres....

Jorg. Buena aprension! los mimbres! bonito genio tienen ellos.... vaya, apuradamente....

José. Qué?

Marg. Si eso lo toman como para descanso de sus estudios.

José. Estudios?

Bluch. Si señor: pues qué no habia de ponerles en disposicion de desempeñar otros cargos, si en la distribucion de ellos venia á tocarles alguno? No, amigo; yo atiendo primero á formarles útiles para mi emperador y la patria, y despues para mí y para ellos mismos.

José. Bravísimo: qué tal mi camarada? Si José segundo tuviera muchos vasallos como este, ya podria llamarse dichoso.

Bluch. Si sois adulador, nunca seremos amigos: vamos Jacobo, Eduardo, ya es hora de leccion, y estos señores nos dispensarán...

Jorg. Toma, y sino.... pues bueno fuera dejar lo principal por esos respetos.

José. No seguramente.

Jacobo y Eduardo se levantan, saca cada uno su fusil, y se ponen en actitud de hacer el egercicio. Jorge toma el tambor.

Jorg. Vereis, vereis como lo manejan los muchachos! no lo hacia yo tan bien despues de ocho años de soldado. Pues digo, el abuelito....

Bluch. Qué dices?

Jorg. No me acordaba de que os enfadais porque os llamen viejo. Vereis, vereis, no parece sino que está mandando un egército.

Bluch. Atencion....

Sale María Teresa, y dice al Conde.

Mar. Vaya, señor, ya vuelvo á alumbraros para que veais mejor el egercicio.

José. Oh si: bravísimo.

Bluch. Esa vista, Jacobo, inclinada mas al hombro izquierdo. (*manda.*)

Sigue mandándoles el egercicio, y en los intervalos se irá colocando la parte de diálogo que se sigue.

Mar. Pues no es una fuerte cosa que no han de hablar claro para mandar el egercicio? le harán mejor porque se les mande en griego ó en latin?

José. Dice bien.

Bluch. Muchacha.

Mar. Pues si me da una rabia: ni uno sabe si les mandan nabos ó berzas: por qué no han de decir armas al hombro, presenten las armas, descansen sobre las armas, carguen, disparen, y todas esas cosas de modo que Dios y todo el mundo lo entiendan.

Bluch. Calla muchacha. Hombre en que diablos piensas? si digo que eres inútil para todo. (*manda.*)

Jorg. No lo he visto, vamos, no lo he visto.

Bluch. Pues atienda á su obligacion el señor

tambor, ó se quedará otra vez sin pan y prest.

Jorg. Bien: vamos.

Bluch vuelve á hacer la seña. Jorge toca la caja, y Jacobo y Eduardo marchan siguiendo el órden del egercicio hasta concluirle.

José Bravísimo, amigo: pueden pasar muy bien por soldados veteranos.

Jacob. y Eduar. Favor que nos haceis.

José. Habeis sacado dos escelentes reclutas!, y á fe, á fe que no quedarán aqui si el emperador lo sabe.

Mar. Pues no faltaba mas: estaria de ver que me quedase yo sin Eduardo! ni él haria cosa de provecho si le apartaran de María Teresa, no es verdad Eduardo?

Eduar. Yo soy todo de mi soberano, y de mi padre.

Mar. Y mio no?

Edu. Solo ellos pueden disponer de mi suerte.

Bluch Dice bien: que entiendes tu de estas materias?

Mar. Pues, soy yo tan tonta que no entienda que lo que á él y á mi nos interesa es el vivir felices? y no he de entender yo que no podemos serlo si nos separan? y no he de entender yo que ni vos ni el emperador debeis hacer una cosa semejante? A campaña, pues, á campaña: aí está detras de la puerta para podernos ver á todas horas. Y á bien que allí se reparten cosas buenas: balazos, estocadas, hambre, trabajos.... ya, ya, es

un buen convite. Mal haya la guerra y quien la inventó. Miren si no seria mejor que se estuviera cada uno en paz y quietud en su casa, y no que por ser uno mas rico à costa de otro....

Jacobo y Eduardo sacan los floretes.

Bluch. No callarás?

Mar. Como no se trate de apartarme de Eduardo, lo que usted quiera, señor Bluch.

Bluch. Pues si señor: sin cursar otras escuelas, los dos son unos regulares matemáticos, unos buenos soldados y unos medianos oficiales. Gracias á su aplicacion y mis desvelos van aprendiendo á mandar como generales, y obedecer como soldados.

Jorg. Y qué os parece de mi destreza? no hago un escelente tambor?

José. Soberbio.

Jorg. Ello es verdad que he hecho una carrera brillante; despues de veinte y dos años de sargento, me hallo ya de tambor sin saber como. Mi desgracia es que no puedo bajar mas, que sino....

José. Oh! bravo: floretista eh? voy, voy á ver si me acuerdo aun de manejarle.

Bluc. En horabuena; pero advertid que Eduardo es muy principiante.

Jorg. Con todo, guardad el bulto porque el muchacho empuja de alma. Ya se ve, mozo y robusto.... no hay que estrañar, que yo tambien empujaba allá en mis tiempos.

José segundo y Eduardo batallando.

José. Tirad firme.

Eduar. Está demas el aviso, porque en este caso, yo ni aun conozco á mi padre.

Mar. Y diga usted, señor Bluch, todos los que se enfadan y riñen gastan esas ceremonias para matarse? porque ellos, ó yo soy muy tonta, ó ningun hombre enfadado ira á pararse en si está en cuarta ó en quinta, ni curba, ni en diagonales, ni en todas aquellas cosas que usted le dice á Eduardo; si no en dar primero, si puede, y donde al otro le duela. No digo bien, señor Jorge?

Jorg Qué sé yo, muchacha? calla y déjame ver.... No hay mas, que el diantre del chiquillo le va tan á los alcances.... No que no.

Eduardo pega un botonazo á José en el pecho, y queriendo concluirle, se interpone Bluch.

Bluch. Eh, mocoso, desatento, no ha herido ya á su contrario?

Eduar. Si señor.

Bluch. Y le he enseñado yo á ensangrentarse? Nora mala, sea mal tirador, como sea siempre caballero.

José. Quedais vencedor, y podeis disponer del vencido á vuestro salvo.

Eduar. Pues yo exijo que se quede á honrar hoy nuestra mesa.

José. El que triunfa, manda. Camarada, es menester obedecerle. (*al Conde.*)

Bluch. Asi usa el vencedor generoso de la suerte que hizo suya la victoria: vamos, llega,

y dame un abrazo, pues has sabido cumplir con tu obligacion.

Mar. Eduardo.... (*al oido.*)

Eduar. Qué?

Mar. Que yo te diera treinta si me fuese lícito; pero, ya se ve, luego se pone á regañar tu padre solo porque te doy la mano, como si mi mano.... por eso, por eso deseo yo que nos casemos cuanto antes.

Bluch. Bien, bien. Voy á complaceros. (*á Jos.*) María Teresa, ve á disponer que comamos pronto, y vosotros idos á esparciros un poco por la huerta.

Eduar. y Jac. Está bien. (*vanse.*)

Mar. Pondré la mesa debajo de la parra?

Bluch. Sí. (*vase María.*)

Jorg. Vamos, y yo que hago? me voy ó me quedo? porque las señas son de consulta, y el onceno....

Bluch. A que viene eso, si sabes que yo no te reservo nada?

Jorg. Pues bien, me quedo. [*se sienta.*]

Bluch. Pues, señor, esa muchacha es hija de un oficial compañero mio, que por un lance de honor tuvo que huir á Prusia, dejando depositario de su hija, y sus caudales, que eran muchos, á un estrecho amigo suyo. Murió allà agoviado de penas, y dejó à su hija por única heredera, segun me informaron personas fidedignas; pero ya se ve, como nadie sabe sino por congeturas, ni cual era su caudal, ni donde le dejó, el

tal depositario echó con crueldad de su casa à la pobre huerfanita con pretesto de que no podia mantenerla, y de la noche á la mañana (picaron) le vimos con un fausto que ni un grande potentado.

José. Me estremezco de oirlo solamente.

Jorg. Yo... vaya, no me contentaria con desollarle vivo.

Bluch. La pobre chica (por fuerza, sino conocia á nadie) pasó tantos trabajos; mendigando una pobre subsistencia; siempre de Herodes à Pilatos.... ya lo conocereis: como era tan pequeña, ninguno queria un trasto inútil en su casa; de modo que cuando vine yo à fijarme en este pueblo, la traje à mi compañía desnudita, cubierta de miseria, y hecha un retrato de la indigencia misma. Os aseguro que me quebraba el corazon, pero en fin cuidé de consolarla: la vestí, y fuí reparando el estrago que habian hecho los trabajos en su lindo rostro y pocos años.

Jorg. Yo hubiera rebentado de pena sino me hubiese hartado de llorar tres dias.

Cond. Seguid, seguid vuestra narracion, que tal vez.... si, si, no os detengais.

Bluch. Pues señor, yo con algunas noticias que me dió su padre cuando pasó por Brudveis huyendo, me presenté à su perverso amigo, y le reconvine seriamente de su inhumanidad y poca fe; pero negó con tenacidad.

Jorg. No, que lo confesaria: vean ustedes que sandez!

Bluch. Ya; como que no podia yo justificàrselo. Yo le rogué, yo lloré, yo le pinté la situacion de la pobrecilla huérfana; pero no saqué en limpio otra cosa que enfadarme, y dar lugar á que me echara de su casa. Paciencia: puede mas que yo, y hube de callar por no perderme y perderla. Pero escribí á Berlin y supe que su padre, con efecto, habia hecho testamento, pero que no sabian donde paraba. Yo bien hubiera representado todo esto al emperador; pero como yo no tenia conducto alguno.... luego son tantos los asuntos de entidad que le rodean ... y en fin, temí que hubieran dicho tal vez que era un pretesto para sacar de su beneficencia alguna pension para la chica, y aprovecharme yo de ella. Jesus! no por cierto: me hice cuenta que habia tenido un hijo mas sin saberlo, y desde entonces la he querido y cuidado como si lo fuera; bien que la chica lo merece y me lo paga. En este estado está la cosa.

José. Me ha irritado de modo esta iniquidad, que si llego à averiguarlo....

Cond. Y cómo se llama el depositario?

Bluch. Jorge Brosler.

José. Cómo! el gobernador de Saltzbourg?

Bluch. Si señor, el mismo.

Cond. No hay duda ya: y decidme, existe aquí un notario que se llama Pablo Hoorn?

Bluch. Como que es toda su privanza.
Jorg. Y que mal hombre es... por mas señas... con todo que es escribano.
Cond. Me parece que está ya descubierta la trama. (*al oido á José.*)
José. Qué dices?
Conde. Luego hablaremos.

Sale María Teresa.

Mar. Señor Bluch, la mesa está ya puesta, y todo pronto, con que....
Bluch. Bien: allá vamos.
Mar. No sea como siempre: allá voy, y luego no pareceis en dos horas.
Bluch. Vamos, señores, vamos: no se enfade mi ama de gobierno.
Jorg Primero será que sepa enfadarse.
José. Camarada, vamos á ver como guisan aquellas lindas manos.
Mar. Al gusto del señor Bluch, que es lo que deseo.
José. Y al nuestro tambien seguramente.
Mar. Si? pues vamos á verlo.

Vanse Bluch, María Teresa y Jorge.

José. Vamos, Conde, que he tomado ya tanto interés por la suerte de esta huérfana, que no estaré tranquilo hasta que la vea en posesion de sus legítimos bienes, y deje en Saltzbourg un testimonio de la justicia de José segundo.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

ACTO SEGUNDO.

EL MISMO APOSENTO DEL PRIMER ACTO.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ SEGUNDO leyendo una carta, BLUCH, el CONDE, EDUARDO, JACOBO Y JORGE.

Bluch. Si la frugalidad de nuestra mesa no llenó vuestros deseos, paciencia, y disponed cuanto antes vuestra marcha; porque aqui jamás salimos de azotes y galeras.

Cond. Vamos, señor alferez, que algunos capitanes de egército os pueden enviaiarla.

Bluch. Ya, si en el lujo de su vestuario gastan.... ya se ve, tienen que presentarse en las brillantes ocurrencias, y.... no hay remedio, lo que invierten en uno, les hace falta para el otro.

José. Bravísimo, camarada: hemos hallado aquí un tesoro: verás, veras que prodigios hace este papel y esta carta. Ahora bien, señor alferez, yo me he empeñado ya en hacer feliz á vuestra huérfana, y ha de ser por vida de José segundo.

Bluch. Mucha alhaja es para que voteis por ella, en una cosa tan árdua.

José. Oh! yo sabré dejarla airosa, no os dé pena: ambos tenemos amigos en Viena que informarán al emperador del caso, y espero que su Magestad (sí, pues bonito genio tie-

ne para sufrir una maldad semejante) aclarará la trama, y desdichados aquellos que estén complicados en la causa! Teman, sí, teman la severidad de su justicia; pues olvidado enteramente de la piedad que tanto marca su carácter, será egemplar el castigo que haga en ellos: que tiemblen al acordarse. A bien que no sabrá hacerlo, canario! apuradamente dicen que está empeñado en desterrar toda maldad de su imperio.

Bluch. Y os enfadais de modo que....

José. Pues digo, que será el emperador cuando lo sepa. Ya, ya están frescos el señor gobernador y su secretario.

Bluch. Lo pintais de manera.... yo si que tengo buenos informes del emperador.... pero todo està en que esos amigos vuestros le den noticia del caso; porque al fin, el gobernador como es pudiente, tiene tambien por allá amigos, y puede que estos lo enreden de manera.... no es verdad, Jorge? A Dios, ya se ha dormido.

Jorg. No me he dormido, no señor.

Bluch. Pues qué estábamos diciendo? vaya.

Jorg. Que si los muchachos....

Bluch. Que muchachos ni que berengenas! si nadie se acuerda de ellos.

Jorg. Pues no dormia, vamos.

Bluch. Y roncabas como un bestia? Sobre que en acabando de comer te entra la modorra, y no se puede hacer carrera contigo.

José. Dejadle, y creed que el emperador lo

sabrá todo C por B; hará Justicia seca, y vuestra preciosa pupilita me deberá su felicidad venidera. Eduardo, no tengais celos, que soy moro de paz: me gusta embromar un poco, y decir dos chicoleos lo mismo á la fea que á la linda: pero he hecho voto de no hablarles jamás de veras, por no dar en la locura de enamorarme de ninguna. No, no, quita, no quiero que una muger me mande, y me haga olvidar á lo mejor que soy hombre.

Eduar. No me tengais por tan débil, señor, que ofendiese el juicio y la virtud de esa jóven, y vuestra providad misma, creyéndoos á vos capaz de seducir su candor, ni á ella de olvidar las promesas que hizo á Eduardo. Lo que si os ruego encarecidamente es, que no deis paso alguno en razon de su fortuna. Soy muy delicado, señor: acaso creerian que mi codicia os obligaba á reclamar los derechos de esta huérfana. Ella es bastante rica de virtudes para hacerme á mi feliz, y yo la amo demasiado para dar márgen á que digan que la amé por sus riquezas: vean que la amo pobre, que la amo por sí sola, y que fue unida á mi con solo el dote de su candor y modestia. Yo sé que María Teresa....

ESCENA II.

DICHOS Y MARIA TERESA.

Mar. En qué te puede agradar María Teresa?

Eduar. En decir francamente lo que sientas. No perdonarias con gusto los caudales de que dicen que te dejó heredera tu buen padre, porque nadie pudiera denigrar á tu Eduardo?

Mar. Pues ya se vé. Vaya, ni por cuanto tiene el mundo dejaria yo que nadie te ultrajara. Como yo me case contigo, buen provecho le haga mi herencia al que la tenga.

Bluch. Enhoramala los mocosos, siempre pensando en casarse.

Mar. Vaya, señor Bluch, que teneis unas cosas... á fe, á fe que á vos os pasaria lo mesmo cuando festejabais á la señora Claudina.

Bluch. Pero no estaria á todas horas dale que dale con la boda.

Mar. Pues casadnos pronto, y vereis como no volvemos á hablar de ello en la vida; pero si una ve que nunca llega el dia, qué ha de hacer? Ya se ve, como á vos no os corre prisa...

José. Tiene razon la muchacha; pero á bien que estoy yo aqui, y me he empeñado en casaros al instante.

Mar. Al instante, pues, como si fueseis vos el cura.

José. Sin embargo, qué ya sabeis vos lo que yo puedo?

Mar. Lo que otro cualquiera, poco mas ó menos.

Bluch. Muchacha....

Mar. Pues si es verdad: en una cosa en que solo vos, y el señor cura teneis que ver.....

José. Eso si que me ha picado un poco, y por vida de tal... si, no hay remedio alma mia...

Mar. Jesus, y que alma teneis tan chiquita?

José. Pero qué hermosa!

Mar. Ya se ve, basta que usted lo diga.

José. Ya estoy empeñado, y poco he de poder, ó te he de ver presto casada y poseyendo tus bienes.

Eduar. Ah! no señor, yo os ruego que desistais.

Bluch. Calle el tontuelo, y deje obrar á los que saben mas que él. Le parece que cumpliré yo con lo que debo á mi huérfana, sí no procuro resucitar los derechos que tiene á unos bienes que la usurpan?

José. Ni vos la acreditariais vuestro amor contentándoos con verla siempre en un estado obscuro y miserable. Yo me constituyo desde ahora padrino de vuestra boda y protector de mis ahijados.

Mar. Eso está bien; pero y á vos quién os protege? sepamos.

José. Oh no falta. En fin, mi alferez, lo que es necesario ahora es que vayamos sobre la marcha los dos á ver al gobernador, y que venga con nosotros mi hechicera huérfana (1). Si soy moro de paz, no os lo he dicho?

Bluch. Es paso inútil, porque no hemos de sacar partido.

1 *Eduardo repara que miró con disimulo á María.*

José. Pero es indispensable para cierta cosa.... dejadme á mi gobernarlo, que ya sonará lo que fuere.

Bluch. Bien, bien: vamos: por mi no se deshaga el partido. Jorge? Jorge? sí, ni un cañonazo de metralla es capaz de dispertarle. Jorge?

Jorg. Ya voy: cuidado, que sois plomo.... si pensareis que me duermo?

Bluch. No, no es cosa. Vaya, mientras nosotros vamos á cierta diligencia.

Jorg. A qué diligencia....

Bluc. A una calle; pues está buena la curiosidad!

Jorg. Ni yo quiero saberlo. Vamos, qué?

Bluch. Ve con Jacobo á regar la huerta.

Jorg. Bien, ya lo sabemos: cuidado que es aguda la advertencia.

Bluch. Y tú, Eduardo, ve siguiendo el plan de fortificacion que empezaste.

Eduar. Está bien, padre.

Bluch. Vamos, muchacha.

Mar. Pronto volvemos, Eduardo. Si, señor Bluch?

José. Si preciosa.

Mar. Siempre han de estar inventando cosas para separarnos: mas harta me tiene à mi ya la tal herencia....

Bluch. Vaya, á Dios Jorge. Cuenta no vuelvas á dormirte hombre.

Jorg. Machaca Martin.

Bluch. A Dios mis hijos.

Vanse José segundo, el Conde, Bluc y María.

Los dos. El cielo os vuelva con bien.

Jorg. Qué diligencia será esta? alguna pampringada sin duda, y para esto tanto misterio? Estaba por seguirles, solo porque se reservaron de mi: no, cómo no hiciera tanto calor, yo sabria que diligencia era esta, aunque tuviéramos despues infierno. Vean ustedes que hora de diligencias! para achicharrar á la chica. Sí, yo bien digo, que Bluch chochea, y no quiere confesarlo.... á qué diablos saldrán? Me está haciendo unas cosquillas el misterio.

Jac. Vamos a regar la huerta, señor Jorge?

Jorg. Sí, sí, porque sino tendrá tu padre que gruñir para quince dias

Eduar. Yo voy tambien à continuar mi plan, para hacer asi menos sensible la ausencia de mi amada. Ah! Dios proteja su virtud é inocencia.

GABINETE DE BROSLER RICAMENTE ADORNADO.

ESCENA III.

BROSLER, UN CRIADO, y poco despues BLUCH, JOSÉ SEGUNDO Y MARIA TERESA.

Brosl. Ha venido Hoorn?

Criad. No señor.

Brosl. Avisa pues cuando llegue, y si alguno quisiere hablarme que entre.

Criad. Está bien. [*vase.*]

Brosl. No deja de incomodarme la llegada del

egército á Salzbourg, por estar poco provista de víveres; pero aun me será mas sensible el que venga nuestro emperador á pasar revista á las tropas, segun me escriben de la corte.

José. Sois vos el gobernador?

Brosl. Que se os ofrece?

José. Tengo que hablaros en un asunto de gravedad y consecuencia.

Brosl. Hablad, que ya os escucho.

José. No se contarán muy buenos hechos de tan mala cara (*ap.*) Vos conocias, segun me han informado, el capitan Enrique Kulvert?

Brosl. Sí, fue compañero mio de armas.

José. Y vuestro mayor amigo.

Brosl. Me asusta su memoria.

José. Y qué es de una niña que dejó en vuestro poder cuando huyó á Prusia? vive aun? existe en vuestra casa?

Brosl. No por cierto: salió de ella, y no he vuelto á saber su paradero.

José. Cómo! vos tuvisteis valor de abandonar á una infeliz huérfana, niña, é hija de vuestro mayor amigo?

Brosl. Por qué no, si ni mis cargos ni mis bienes me permitian educarla?

José Pues y los grandes caudales de que dicen que os dejó depositario al tiempo de su fuga?

Brosl. Esas son hablillas del vulgo, fomentadas acaso por mis muchos enemigos.

José. Asi será sinduda; pero para destruir esa

opinion general tendriais que resolver dos fuertes cuestiones.

Brosl. Quién será este forastero? (*apar.*)

José. La una es: cómo si vinisteis tan miserable á este gobierno, como todos saben, pasasteis en un momento al grado de opulencia que sosteneis en el dia? Y la otra es: adónde fueron á parar los grandes caudales que poseia el capitan Enrique Kulvert, padre de la niña? De modo que es infalible que existan en vos, ó que sepais su paradero.

Brosl. Este hombre me estrecha ya de manera..

José. Cual vacila! (*aparte.*)

Brosl. Ese caudal pasó á Berlin por mi direccion, á peticion de su dueño. Pretendeis saber otra cosa? pronto, que me cercan otros quehaceres de mas entidad, y necesito el tiempo.

José. De mas entidad que decidir de la fortuna ó la desgracia de una miserable huérfana?

Brosl. Ni una ni otra interesan al estado.

José. Pero le interesa al buen órden, y la administracion de la justicia; le interesa á la paz, y satisfaccion de cualquiera ciudadano; le interesa, en fin, que llenen su deber aquellos en quienes descansan hoy las leyes. Y cuando nada de esto interesara al estado, la interesa á esta infeliz el reclamar sus derechos, y salir del horroroso estado de la mendicidad y la miseria.

Brosl. Sois vos su apoderado? ó que autoridad...

José. Soy un ente sensible á los males de mis semejantes; soy un hombre que detesta ¡la

iniquidad, y por decirlo de una vez, soy un celoso interesado en la opinion de José segundo. Aqui os puso el emperador para oir las quejas de los vecinos de Saltzbourg, y guardarles sus derechos, y hasta aclarar los de mi huérfana debeis prescindir de los demas asuntos que os rodean.

Brosl. No estoy con ese espacio; en fin, he contestado demasiado á las impertinentes preguntas de un hombre desconocido: instaurad vuestra demanda en debida forma, acreditando que venís autorizado por la misma parte, y entonces contestaré tal vez....

José. Teneis razon, y voy en el momento á presentaros mis poderes.... que son estos.

Salen ahora.

Brosl. Válgame Dios! cuánto me aterra la presencia de esta jóven! (*ap.*)

José. Conoceis bien á esta niña? miradla, ella es la que reclama por mi unos bienes que la iniquidad la ha usurpado; miradla, esta es aquella desventurada inocente, que violando las sacrosantas leyes de la amistad, de la humanidad y aun del honor, arrojasteis de vuestra casa cruelmente, para que se cebaran en su niñez la hambre, la desnudez y la miseria. Y ya que no os movieron entonces sus lágrimas y ruegos, no os dijo vuestro corazon endurecido: qué va á ser de esta pobre niña si yo la abandono á la providencia? quién ha de encargarse de acogerla y de formarla? la suerte mas lisongera que

ofrece á esta desgraciada criatura mi bárbara resolucion, es la de pasar en una casa de correccion sus tristes dias; y he de esponer yo á una suerte tan amarga á la hija de un amigo? No os hizo estas ú otras semejantes reconvenciones vuestro corazon en el momento de abandonarla á su destino?

Mar. Si, con lindas arengas le vais al señor Brosler. Porque me agarré yo de sus piernas llorando como una niña, ya se ve, como que tenia siete años, me sacudió con el baston en las manos para que le soltara: como que no se me quitó el dolor en muchos dias. Luego mandó á un criado que me dejara en el campo, y que si volvian á verme por esta casa, que me castigaran con un látigo. Ya ve usted, quien habia de acercarse á ella? y á bien que no sabrian hacerlo sus criados que eran tan buenos como el amo.

Brosl. Eh, ya estoy cansado de sufrir insultos: pronto, salir de este aposento; de no, sabré castigar la audacia.

José Sosegaos, y reflexionad que el obrar mal trae necesariamente la reconvencion de los justos. Perdonadme: una criatura inocente postrada á vuestros pies, bañándolos con sus lágrimas, rogándoos tiernamente que no la abandonaseis....

Mar. Y por Dios que se lo rogaba; pero sí, ni por Dios ni por los Santos.

José Qué cuadro de comprension y de ternura para un mortal !sensible! qué cuadro tan hor-

roroso y digno de la compasion del hombre! no os ha representado una vez siquiera la humanidad á esta tierna huérfana, desnuda, llena de miseria, mendigando de puerta en puerta por el dia un pobre alimento, y por la noche una acogida miserable? Ah! que modelo de insensibilidad y de barbarie tienen en vos los torpes egoistas! y acaso se resentirá vuestra vanidad de que os dé este pueblo el nombre de monstruo?

Brosl. Ya es oprobio de mi carácter el sufriros tantas injurias, y vivo yo....

Mar. Esa es la lástima.

Bluc. No os espongais, señor.

José. Tranquilizaos, que la iniquidad solo puede aterrar á las almas débiles.

Mar. Sí, no sabeis vos cuanto son de guardar las fiestas del señor Brosler! no, Dios os libre de ellas. Apuradamente hay una cárcel, y unos grillos, y unas cadenas tan gordas.... y ya se ve, como le temen todos tanto, á una voz que él diera, no tardariais vos en ir á probarlo todo.

José. Menos tardaria el emperador en oir el eco de mi opresion y su injusticia, y ay de él entonces! Sí, Brosler, ay de vos, el dia que esta infeliz huérfana lleve á sus pies la historia de sus males! Aprended de este virtuoso anciano á respetar la humanidad en el desgraciado; guiado de su sola compasion, enjugó las lágrimas á esta huérfana, la llevó á su pobre asilo, cubrió su desnudez, y

la educó como al mas tierno de sus hijos. Ah! no quedará sin recompensa su loable accion. No, Bluch, yo os lo prometo en nombre del cielo mismo.

Brosl. Loco, temerario. Quitaos de mi presencia antes que probeis los efectos de mi cólera.

José. Ved que os convido con la paz.

Mar. Sobre que á él no le gusta esa vianda.

José. Mirad que os arrepentireis tal vez cuando no tenga remedio.

Brosl. Que partais digo; de lo contrario....

José. Si haré: no porque tema vuestra cólera, sino por precipitar vuestra ruina.

Brosl. Eh, basta.... idos. (*vase.*)

Bluc. No os dije yo que era ocioso? Si sabria yo quien era Brosler? Esponeros tontamente, y al cabo.... Pues yo digo la verdad, sudando estaba á chorros de cólera y de miedo.

Mar. No, no, ya es un milagro que os haya sufrido tanto. Bien que no las tengo todas conmigo: sobre que es malo de veras, cuando yo lo digo.

Bluc. Y tiene la chica mil razones. No, por lo que pueda suceder vámonos pronto.

José. Vamos; pero los dos vereis antes de dos horas, ese orgullo, esa ferocidad, esa soberbia confundirse, anonadarse á los ojos de la razon y la justicia. Si, le vereis convencido de sus horrendos crímenes, dar con su vida un egemplar á la Alemania de la inflexible severidad de José segundo.

◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆◆

ACTO TERCERO.

APOSENTO CORTO Y DESMANTELADO DE LA CASA DE BLUCH.

ESCENA PRIMERA.

BLUCH, JORGE Y MARIA TERESA.

Bluch. No seas tonta, muchacha.

Mar. Pues si señor: no seas tonta! A bien que no importa nada que el señor emperador se le antoje llevar á la guerra á mi Eduardo; que á el le toque allá un balazo, y me le quiten de enmedio; ni que á mi me lleve luego pateta; no importa nada, no es verdad?

Bluc. Y quién te ha dicho que ha de ir á la guerra, ni que le ha de tocar un balazo, ni que....

Mar. Si, pues le vendrán á buscar para que duerma con el emperador, os parece?

Jorg. Vaya que tienen unas salidas estas muchachas....

Mar. Pues digo bien, miren que ha de querer, sino que vaya á la guerra.

Bluc. Y bien, si va á la guerra ...

Mar. Ya se ve, si va à la guerra, quedaré yo fresca, no es esto? me casaré con vos ó con Jorge.

Jorg. No, hija mia, te lo agradezco en el alma: pues no me faltaba ya otra cosa....

Bluc. Lo cierto es que me ha estrañado tanto esta llamada... y con tanta prisa... no señor,

no atino lo que pueda ser.

Jorg. Sea lo que fuere. Hay tal! allá lo veremos. A bien que no son doncellitas, con que..

Mar. Sí; pero por lo que pueda suceder iremos adonde está el emperador: sí, señor Bluch?

Bluc. Sí por cierto; pues podia haber llegado á Saltzbourg, y no verle yo aunque saliera estropeado por la mucha gente?

Jorg. Yo allá voy tambien, sea como sea.

Bluc. Si la carta que nos dejó cerrada nuestro huesped pudiera servirnos de algo....

Jorg. Lindo empeño para el emperador difunto.

Bluc. Y qué perderemos en dársela al oficial de la guardia, como él encargó?

Jorg. Ya se ve, nada, el que se rian de nosotros, ó que nos echen de allí á palos, si es que nos tienen por locos.

Mar. A buen seguro, y á bien que el tal huesped tenia unas trazas.... Dios me lo perdone, pero se me vino á la memoria aquel.... sabe usted quien digo, señor Jorge?

Jorg. Las señas que tú das son buenas para caer uno de pronto.

Mar. Aquel de aquella historieta que contasteis.... voto á sanillas.

Jorg. El del letrado Veneciano?

Mar. Qué, no señor: aquel que andaba corriendo tierras....

Jorg. Ah! si, el médico argelino....

Mar. Que méjico, ni que calabaza.

Jorg. Si, muchacha, que se introdujo en el serrallo del bey vestido de vieja.

Bluc. Bueno andaria el ajo!

Mar. No es ese, dale, no es ese.

Jorg. Que luego se enzarzó con el eunuco... pues, y vino el bey vomitando rayos por los ojos..

Mar. Sobre que en esta historia que yo digo, ni habia serrallos, ni eunucos, ni bueyes, ni vacas, ni el tal era médico, ni le pasó por la cabeza el serlo: este que yo digo se llamaba.... qué sé yo? vamos, ello es que iba engañando á unos y á otros, y todos le daban, y él se pasaba una vida como un príncipe.

Jorg. Si, si, ya caigo; Garatuza.

Mar. Ese, ese.

Bluc. En verdad que no faltan por acá de esos tales garatuzas.

Mar. No, pues el tal huesped.... Yo mas le tengo por loco, que por otra cosa. Si vierais, Jorge, como puso al gobernador?.... vaya, como un trapo. Y como hacia el enfadado! y como le reñia! digo, señor Jorge, hasta amenazarle y todo: vea usted que temerario.

Jorg. Qué milagro que el gobernador no le hizo llevar á la cárcel amarrado!

Mar. Eso temia yo.

Bluc. Oh! cuando él ha marchado tan aprisa, no las tendria todas consigo. En fin, vamos á saber algo de Eduardo y de Jacobo, y á ver si podemos ver á nuestro augusto emperador, aunque sea á costa de algunos empujones y pisadas, porque sino, á la verdad, ni cenaré ni dormiré con sosiego.

Mar. Pues yo mas que no le vea, ni aun en la moneda, como no nos saque de casa á mi Eduardo.

Bluc. Oyes, muchacha, cuento con que no te cortes para hablarle, y pedir justicia. Dile...

Mar. Sí: pues, dile, como si yo hubiera de acordarme entonces de nada. Para decirle que el señor Brosler es un pícaro, que me ha quitado mis bienes, y que....

Bluc. No muchacha.

Jorg. Si muchacha, eso es claro, y asi no necesitará de intérpretes.

Mar. No es eso en sustancia á lo que vamos?

Bluc. Sí, pero....

Jorg. Pues ahora se irá la chica con repulgos de empanada.

Mar. El señor Bluch quisiera que yo se lo dijese en latin: no es eso? si yo no lo he estudiado: hay tal cosa!

Bluc. Vamos, vamos.

Jorg. Llevais la carta?

Bluc. Toma, lo primero.

Jorg. Dios quiera que no sea la de Urias. (*van.*)

GRAN PLAZA DE SALTZBOURG, OCUPADA POR LA GUARDIA IMPERIAL: UN MAGNÍFICO PABELLON EN LO MAS RETIRADO DEL FORO.

ESCENA II.

EL OFICIAL DE LA GUARDIA, BROSLER, y poco despues JORGE, MARIA TERESA Y BLUCH.

Brosl. Su magestad imperial parece que ha llegado. (*al Oficial.*)

Ofic. Si señor.

Brosl. Siento no haberlo sabido con anticipacion para prevenirle los honores que le son

debidos, y darle un testimonio de mi amor y mi respeto.

Ofic. Por evitar gastos á sus pueblos quiso venir incógnito, y por la misma causa se ha alojado en esa tienda de campaña.

Brosl. Mucho ama á sus vasallos.

Ofic Pero ay de aquel que no le corresponda, imitando sus máximas de probidad y de justicia.

Brosl. Ahora envió á llamarme.

Ofic. Esperadle pues, que no tardará en salir á pasar revista á su egército, y yo tengo órden de no dejar entrar á nadie en su tienda.

Bros. Muy bien: esperaré = Adonde iria Hoorn, que ni está en su casa, ni ha parecido por la mia? La vista de aquel hombre, que con tanto ardor tomó á su cargo la causa de María Kulvert, me ha incomodado de manera que no descansaré hasta que acordemos el modo; pero ella viene con Bluch y su criado, y si lograra hablar al emperador.... veré si puedo hacer que el oficial los despida. (*apar.*)

Salen ahora los antedichos.

Bluc. Jorge, yo le doy la carta.

Jorg Yo lo tengo por un desatino de marca; pero en fin allá os las avengais, que yo no entro ni salgo.

Bluc. Señor oficial, quereis tener la bondad de ver esta carta?

Ofic. Para quién es? (*abriéndola.*)

Bluc. Yo creo que para vos.

Ofic. Ella viene sin sobre.

Jorg. No hay remedio, habia de hacer la suya.

Como soy, que me alegrara que fuese alguna burla, y le calentasen las orejas por terco y majadero. (*apar.*)

Ofic. Y quién os dió esta carta?

Bluc. Un pasagero, que hoy por casualidad se quedó á comer conmigo.

Ofic. Vos le conoceis?

Bluc. No señor. = No me huelen bien estas preguntas. (*aparte.*)

Ofic. Y ha mucho que faltó de vuestra casa?

Bluc. Habrá como unas dos horas.

Ofic. Iba solo?

Bluc. Con otro camarada.

Mar. Vaya que el tal señor es preguntón y curioso.

Ofic. Vos quereis ver al emperador?

Bluc. Queria hablarle por esta muchacha.

Jorg. A qué le encaja tu historia de rabo á oreja?

Ofic. Aunque tengo órden de que nadie entre á su alojamiento, el pasaporte que traeis me obliga á quebrantar el órden; vaya, venid conmigo.

Bluc. Qué tal, señor Jorge? Ves como eres un pobre mentecato?

Jorg. Señor, digo que me he engañado.

Bluc. Quien diantres seria nuestro huesped? no, pues él no gasta mucha parola en su carta: un renglon no mas hay escrito, con que....

Ofic. No venís?

Bluc. Sí señor, sí, ya vamos.

Mar. Vele ahí, si tuviéramos para el emperador otra cartita como esta. (*caminando con*

Jorg. Ya se ve. (*el Oficial hácia el pabellon.*

Brosl. Al pabellon le lleva, sin embargo de la órden que me dijo! qué puede ser esto!

ESCENA III.

DICHOS Y EL CONDE.

Cond. Luego sale el emperador.

Mar. Señor Bluch, no es este señor aquel? Toma si es.

Jorg. O yo tengo cataratas en los ojos... que, no señor, yo bien veo.

Bluc. Pues que no hay unos diablos que se parecen á otros?

Cond. Qué sorprendidos me miran. (*ap.*) Sois vos el gobernador de esta plaza?

Brosl. Y humilde servidor vuestro.

Cond. Y vos, señor oficial, (disimulemos) quién sois?

Jorg. El diantre de la salida: decidle que el que pagó el aguardiente esta mañana.

Bluc. Quieres callar, Jorge?

Jorg. Pues si...

Bluc. Calla.

Cond. Qué pretendeis?

Bluc. Señor, queríamos ver al emperador.

Cond. A qué efecto?

Jorg. Toma! para verle.

Bluc. No callarás aunque te maten. Queria pedirle por esta pobre huérfana.

Cond. Llegue usted, niña.

Mar. Servidora de su merced.

Cond. Es usted la huérfana que dicen del Capitan Kulvert?

Bluc. Sí señor, la misma.

Cond. Ya su magestad està informado de todo y empeñado en ventilar el paradero de sus bienes.

Brosl. Qué es lo que escucho! (*apar.*)

Cond. Con este objeto hizo llamar al gobernador, y á mi me comisiona juez de la causa. En esta suposicion, y la de ver ahora reunidas ambas partes, tratemos de complacer á su magestad aclarando un punto que hasta ahora estuvo tan obscuro. A vos os hizo depositario de su hija y sus caudales el difunto Kulvert? (*á Brosler.*)

Brosl. Quién puede acreditar ese supuesto?

Bluc. Yo.

Brosl. Por relacion de mis émulos, porque vos estabais muy lejos de Salzbourg entonces.

Bluc. Por confianza que me hizo el mismo Kulvert en Brudveis al pasar huyendo á Prusia.

Brosl. Asi os convendrá decirlo.

Bluc. Y asi pasó como lo digo.

Brosl. Comprobadlo.

Cond. Vos lo hareis por él.

Brosl. Yo, señor, como?

Cond. Desmintiéndoos á vos mismo, reconociendo esta firma. (*mostrándole un papel.*)

Brosl. Qué oigo!

Cond. Acercaos: es vuestra?

Brosl. Qué miro! no puedo negarlo.

Cond. Aqui confesais haber recibido de Kulvert por via de depósito diez mil rublos: qué es pues de ellos?

Brosl. Volví á librárselos en letras.

Cond. Vos lo acreditareis con algun documento de su mano?

Brosl. Señor, nunca pude conseguir que me lo enviase.

Cond. Y como es dable que él testase de esta cantidad á favor de su hija, advirtiendo que obraba en pober vuestro, si se la hubiereis devuelto?

Brosl. Quién tal asegura?

Cond. Un hombre acaso mas fidedigno que vos, segun voy viendo.

Brosl. Mientras no veais el testamento, creed que os han engañado.

Jorg. Picaron!

Cond. Vos le habeis visto?

Brosl. Yo! como ó cuando?

Cond. Pudiera haberosle mostrado vuestro secretario.

Brosl. Qué oigo! pues acaso....

Cond. Yo se bien que á él fue remitido para que pusiese en posesion á esta jóven de los bienes que vos la reteniais.

Mar. Zape, y que bien informado está el señor de todo!

Brosl. Cuando todo fuere cierto, ni yo he visto el testamento, ni puedo creer que Kulvert reclamase de mi unos bienes que ya le habia dado.

Cond. Eso es lo que no consta.

Brosl. Tampoco el testamento.

Cond. Pues yo sé el dia en que le hizo, y el nombre del notario que le estendió, y aun los de los testigos: será fácil que nos envien una copia, si perdió vuestro secretario la que le enviaron, y entonces....

Brosl. Diré que no estaba Kulvert en su acuerdo.

Mar. Si, si, ya le van convenciendo.

Cond. Y yo diré que sois un hombre de mala fe, protervo, perjuro y digno del mayor castigo.

Brosl. Advertid que yo....

Cond. Basta: envano pretendeis eludir así á la justicia, pues por vida del emperador, que ya empeñado en justificar vuestro crímen, no han de faltarme pruebas para convenceros. Y cuando otra no existiese que la de haberlo recibido, sufrireis todo el rigor de la ley, mientras no acrediteis haber vuelto à manos de Kulvert su depósito.

Jorg. Eso, eso.

Brosl. Yo no debo creer de vuestra rectitud que en el descuido que él tuvo de no romper ese documento, ó avisarme el recibo de las letras, fundeis todo el apoyo de vuestra razon para condenarme: son necesarias otras pruebas que ni existen, ni han existido, ni pueden existir jamas.

Cond. Os engañais, que el cielo mismo, que no sufre que el crímen sea oculto siempre en la tierra, pone en manos de los jueces las pruebas que el reo cree sepultadas en el olvido ó la ignorancia.

Brosl. Corazon, no ahora flaquees sacando al rostro la consternacion que te cubre. (*ap.*)

Cond. Y porque no le dudeis, veamos si desmentís la confesion de este testigo y cómplice tambien en la maldad horrenda.

Saca el Conde del pabellon á Hoorn.

Brosl. Hoorn! soy perdido. (*aparte.*)

Bluc. Aquí te quiero escopeta.

Cond Le conoceis? os asombra su presencia? lo creo: oid pues la confesion que ha hecho (1). » Digo que es cierto que recibí el » testamento otorgado por Enrique Kulvert » á favor de Maria Teresa Kulvert, su hija, » en el cual la declaraba heredera de diez mil » rublos que existian en calidad de depósito » en el gobernador de Salizbourg Leopoldo » Brosler; que seducido por este le entregué » dicho testamento, y percibí por esta mal» dad dos mil rublos de su mano, acordan» do unánimes negar por firmeza el hecho, » en caso que llegara un incidente á descu» brirle. Asi lo juro y firmo = Pablo Hoorn. »

Brosl. Ah infame! que me has vendido! (*ap.*)

Cond. Tienes con qué rebatir esta prueba? Te obstinarás aun... mas no, tu misma confusion, y el claro espanto que hay estampado en tus ojos, me dicen ya....

Brosl. Señor, mi confusion y mi espanto, no nacen como pensais del convencimiento de una culpa que me imputan, y en que no tengo parte alguna; sino de ver que haya un hombre tan malvado, que seducido sin duda por mis émulos, se confiese reo de un delito que no cometió, sin mas interes que el de complacerse en mi ruina.

Bluc. Se dará un hombre mas malo!

Mar. Ahorcadle, señor, á ver si confiesa entonces.

Cond. Es posible que llegue á petrificatse hasta

1 *Saca un pliego y lee.*

tal punto el corazon del hombre? Decid, de qué modo pensais desmentir la misma confesion de un cómplice de vuestro crímen?

Brosl. Advertid, señor, que del modo que yo le soborné con dos mil rublos, segun dice, podrán haberle sobornado mis émulos con esa ó mayor cantidad para perderme.

Jorg. Vaya que el tal Brosler es pàjaro de cuenta.

Cond. Aqui no ha habido mas soborno que el remordimiento de su atormentada conciencia.

Brosl. Y quién es capaz de asegurarlo?

ESCENA IV.

DICHOS, Y JOSÉ SEGUNDO con el posible sêquito de generales haciendo seña con un lienzo á la guardia que va á hacerle los honores.

José. Yo.

Brosl. Qué miro! sueño! señor... (*arrodill.*)

Bluc, Jorge y Mar. Señor.... (*arrodilland.*)

José. Yo lo aseguro, pérfido.

Haciendo seña á los tres que se levanten.

Mar. Y este diablo, señor Bluch, se parece tambien al otro?

Bluc. Jorge, no es este?....

Jorg. Pues que estais ciego? lo mismo que el otro.

José. Tendràs audacia para desmentir á este testigo? Tendrás firmeza para desmentirte á tí mismo? Reconoce estas cartas, es esta tu letra? son tus firmas? Dí que son suplantadas.

Mar. No, pues que no le estreche mucho.

Brosl. No acierto á respirar.

José. Las creisteis abrasadas, como te dió á entender el compañero de tu maldad, y juzgándote ya seguro, te lisonjeabas de gozar impunemente los bienes que usurpaste á una infeliz huérfana. Pero te engañaste, malvado, que el cielo que vela siempre por la causa de la inocencia, se burla, como ves, de la malicia de los malvados: dejó correr tu ciega iniquidad de crimen en crimen, hasta que llegó á su estremo, y cansada de sufrirla, la descubrió á la tierra para tu confusion, tu oprobio, tu castigo y escarmiento de los hombres. Tú no puedes satisfacer con una vida los males que has causado, y pudiste causar con tus escesos; pero á lo menos daré al mundo con tu castigo una constante prueba de lo que aborreció José Seguudo este linage de culpas. Conde sea mañana mismo decapitado en esta plaza por la mano de un verdugo.

Brosl. Piedad, señor.... (*se lo llevan los guard.*)

José. No la espere de mi quien delinque con tanto daño de tercero. Yo olvido los ultrajes que recibí de incógnito en tu casa, pero no puedo olvidar los males que sufrió la hija de Enrique Kulvert por tu causa. Póngasela en posesion de cuantos bienes se hallaren á su usurpador, por escesivos que sean; y á su secretario, aunque cómplice en su crimen, por la docilidad con que llegó á confesarlo, le indulto de la pena capital; pero ser-

vira en mi egército de soldado por diez años.

Jorg. Estaba por decir que me alegro.

Bluch. Demasiado bien ha librado el escribano.

José. Y pues satisfice mi rectitud en esta parte castigando la maldad de unos, llene mi segundo deber, premiando la virtud de otros. Qué haceis que no llegais vosotros?

Los tres. Señor....

José. Llegad los tres á recoger en mis brazos el premio de vuestra hospitalidad y beneficencia. Usted, señor alferez, quedará con el gobierno de Saltzbourg, que quiero ver como limpia los pueblos de su mando de ociosos y malvados.

Bluch. Yo haré lo que pueda: sino lleno vuestros deseos, se reduce á poner otro en mi lugar, que á bien que me hareis merced en dejarme volver á cuidar de mi huerta, libre de afanes y cuidados.

José. Jorge se vendrá conmigo á Viena.

Jorg. Yo á Viena señor! á que, si yo no sirvo para maldita la cosa?

José. Allí estarás libre de regañar con Bluch.

Jorg. Señor, eso es matarnos á los dos: porque ni uno ni otro podemos vivir sin regañar y estar juntos. Yo á la verdad, por no separarme, lo perdonaré todo.

José. Pues bien, una vez que prefieres....

Jorg. Yo no digo que.... pero... ya veis.....

José Bien: quédate á disfrutar la pension que yo te señale. Y bien, Maria Teresa, ves cómo he desempeñado ya la mitad de mi promesa, poniéndote en posesion de tus bienes?

Mar. Ya; pero la otra mitad es la que yo quisiera que cmmplieseis.

José. Me constituí tu protector, y quiero acreditarlo. Pide cuantas gracias quieras.

Mar. Si? pues voy pidiendo. Cuidado no os volvais atrás si pido mucho.

José. No.

Mar. Lo primero que me caseis con Eduardo.

José. No veis que no soy yo el cura?

Mar. Ya, pero tambien teneis corona.

José. Bien: qué mas pides?

Mar. Qué perdoneis la vida al señor Brosler. Ya se ve, él si que es malo, no hay duda, y si voy á decir la verdad no me obsequió demasiado mientras estuve en su casa; pero cuando me acuerde que el vivir yo rica le costaba á él no menos que la vida, vamos, no podia menos de sentirlo.

José. Viva, pues tu lo quieres; pero acabe sus dias donde yo le destinaré.

Cond. Oh jóven virtuosa!

José. Qué mas pides?

Mar. Que Dios os dé tanta salud y tanta vida como deseo á mi Eduardo.

José. Conde, conduce aquí á Jacobo y Eduardo (1). Bluch, estás triste?

Bluch. Señor, qué quereis? ignoro la suerte de mis hijos.

José. Esos son ya de tu emperador y de tu patria, y debes renunciarlos.

Bluch. Es verdad, y los renuncio desde ahora,

1 *Al oido al Conde, el cual se va.*

aunque le pese á mi ternura.

Mar. No, pues yo no renuncio á mi Eduardo. El emperador y la patria y todo el mundo podrán pasar sin él; pero yo... no puedo, vamos: y vos lo ofrecisteis, y... no faltaba mas.

José. Vaya, no te entristezcas (1). Aqui tiene el señor gobernador á sus dos hijos con el premio que merecen su aplicacion y los desvelos de su padre.

Bluch. Hijos queridos. (*abrazándoles.*)

Los dos. Padre.

Bluc. Llegad, llegad conmigo á las plantas de nuestro benéfico emperador. Qué haces, Jorge? María Teresa, bañémoslas con lágrimas de gratitud y de ternura. (*corre.*)

José. Mas justo lugar doy yo á la virtud en mis brazos. (*abrazándoles.*)

Bluc. Señor, que me hareis morir de alegria.

José. Y bien, Maria Teresa, Mañana darás la mano á tu Eduardo. Seré padrino de vuestra boda como ofrecí; tomarás posesion de tus bienes, Bluch de su gobierno, y desempeñadas del todo mis promesas, pasaré revista á mis queridas tropas, y daré la vuelta á Viena, lleno de la dulce satisfaccion que resulta á un soberano cuando distribuye dignamente entre el vicio y la virtud, el premio y el castigo. (*redoble.*)

FIN.

1 *Presentando á Jacobo y Eduardo que salen acompañados del Conde con uniformes de capitanes de la guardia.*

COMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO de 8.º

Abate l' Epee.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
Avaro (el).
Bella labradora.
Califa de Bagdad (ópera).
Cecilia y Dorsan.
Chismoso (el).
Clementina y Desormes.
Conde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ò los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos, ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento,

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia)
Blanca y Montcasin (tragedia),
Bosque peligroso.
Bruto ó Roma libre (tragedia).
Cabeza de bronce.
Cadma y Signoris.
Calavera (el).
Caliche.
Camila (tragedia).
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (el) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Conjuracion de Venecia.
Contrato anulado.
Coquetismo y presuncion.
Costumbre de Antaño.
Cuantas veo tantas quiero.
Deber y la naturaleza.
D. Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
D. Dieguito.
Edipo (tragedia.)
Eduardo y Federica,
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa,
Enamoradizo (el).
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Escuela de la Amistad.
Guzman (tragedia.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra,
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia)
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia)
Numancia destruida (tragedia)
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia)
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años, ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y los calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la)
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la Madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.